

MALRAUX Y TROTSKI

¿OR qué hablar de ese viejo aventurero, de aspecto destrozado y mirada perdida, que regresa de Bangla Desh o de quién sabe qué ceremonia oficiada en el Nepal en honor de Buda; por qué hablar una vez más de ese hombre que tanto habla, de ese hombre que ha sobrevivido por azar a De Gaulle y a Picasso? Porque su vida, violentamente vivida dentro de la más trágica ambigüedad, hecha de individualismo aventurero y de fraternidad revolucionaria, de presuntuoso esteticismo y de compromisos generosos, hunde el siglo como el estrave de un navío parte las aguas marinas; porque, siguiéndole desde el bosque indochino hasta los «maquis» de Corrèze, desde el Berlín de los nazis hasta la sierra de Teruel, desde las tribunas del Frente Popular hasta su despacho de ministro, es posible aprender sobre el siglo todo lo que un destino individual, aunque sumergido en lo universal, es capaz de revelarnos. Tal fue el proyecto inicial de este libro, que intenta decifrar sus razones de actuar, medir sus incompatibilidades, comprender sus metamorfosis y descubrir las relaciones entre lo real y lo imaginario en un hombre que ha pretendido resumir así la aventura humana: «Transformar en conciencia la más amplia experiencia posible».

Las páginas que siguen constituyen un adelanto del libro de Jean Lacouture, «André Malraux, une vie dans le siècle», que la editorial francesa Editions du Seuil va a publicar próximamente en el país vecino.

Ya sea el individuo quien hace la historia, ya sea esta última la que hace al individuo, lo cierto es que la evocación de las extraordinarias relaciones que, hace cuarenta y cinco años, entablaron el marxista Trotski y el antimarxista André Malraux —tema del capítulo que reproducimos— permite medir su capacidad creadora y su aptitud para extraer de la contradicción del conflicto el potencial de grandeza que todo hombre, aunque muchas veces lo ignore, lleva dentro de sí.

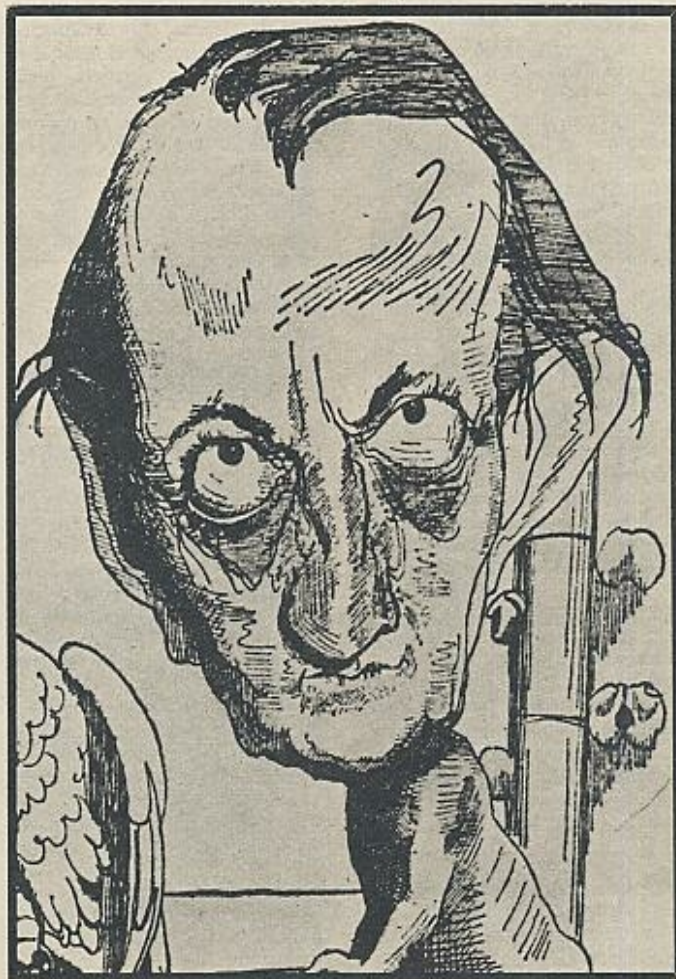
Cuando los alemanes entraron en París, el mes de junio de 1940, Gaston Gallimard tuvo, antes de ganar el Languedoc, la precaución de arrojar al fuego ciertos documentos comprometedores para sus autores, y entre los que figuraba uno realmente extraordinario: el plan de una expedición al Kazajstán, proyectado, en 1929, por André Malraux, y cuyo objetivo era libertar a Leon Trotski, a quien Stalin había deportado a Alma-Ata.

Malraux había preparado cuidadosamente aquel fantástico proyecto, y había previsto la creación de una asociación encargada de reunir los fondos necesarios. Fue preciso que Gaston Gallimard se interpusiera e hiciera valer todo el peso de su bondadosa autoridad para que el autor de «Los conquistadores» renunciase a su proyectada hazaña, digna de unos mosqueteros que hubiesen leído «La historia de los trece», pero no la historia de la revolución revisada por Stalin.

André Malraux cuenta entonces veintisiete años. Y tiene el mismo espíritu que ese Garin al que ha modelado a su propia imagen y semejanza (realizada al mismo tiempo por el modelo de Lawrence). Malraux no ha pretendido en ningún momento convertir a ese personaje en un reflejo, siquiera lejano, de Trotski, pero, en los raros diálogos en que le opone a Borodin y en sus retratos contrapuestos, el autor ha querido sugerir la oposición entre el comunismo «romano», emprendedor y organizador, personificado entonces por Stalin, y ese otro comunismo «conquistador», del que el inventor de la «revolución permanente» sería el arquetipo. El lazo entre este personaje y determinados comportamientos políticos de Leon Davidovitch tal vez sea inconsciente, pero existe.

Un diálogo sorprendente

De modo más general, Malraux está ya obsesionado por la leyenda roja de octubre, del palacio de Invierno, de la guerra civil, de los marinos sublevados, de los «partisanos», de los «Cien Negros». Cuando se propone resumir el siglo XX en una sola imagen, la de «un camión erizado de fusiles» (1), piensa ante todo en el nacimiento del Ejército rojo, en las patrullas encargadas de la vigilancia de un Petrogrado cubierto por la nieve, en las tentativas de «putsch» de los cadetes, en el cerco de Odessa, en las muchedumbres obreras de Moscú. Una figura mágica se cierne sobre estas violentas imágenes: gorra, antiparras, perilla, blusa marinera con el cuello levantado, fulgurante elocuencia y porte de águila negra de poderosas garras, Leon Davidovitch Bronsteln, llamado Trotski, comisario de pueblo en la guerra y creador del Ejército rojo. ¡Qué personaje más romántico que el del vencido, más novelesco que el razonable, razonador, racional y perseverante Lenin, con su técnica



elocuencial! Un personaje que tenía sobre su ilustre predecesor la ventaja de llevar, en la década de los treinta, una existencia proscriba de fantasma superviviente del Thermidor ruso.

Malraux no venera solamente en Trotski al constructor de la historia. Le admira igualmente por haberse preocupado de forma activa de los derechos del escritor, junto con Lunacharski, en el momento cumbre de la guerra civil. Este violento estratega, amante de las «luces», es el héroe de sus sueños.

En una palabra, Trotski fue el primero —antes, después de Lawrence— de los grandes personajes vivos que sustituyeron en la ávida imaginación del joven Malraux a los por él venerados fantasmas de Saint-Just, de Rimbaud, de Nietzsche y de Ivan Kamarazov. Legendario superviviente del suceso más fabuloso del siglo, del que Malraux se erige en participante total, en creador de mitos, en inventor de ac-

tos, en inspirador de gestas, Trotski parece haberse encarnado violentamente en ese joven que acaba de escribir «Los conquistadores» y lleva ya dentro de sí el germen de «La condición humana».

Lo más extraño no es que un joven escritor sediento de desafío épico se sienta obsesionado por el superviviente de los héroes revolucionarios de octubre de 1917, un hombre que es al mismo tiempo un historialador. Lo realmente sorprendente es que el interés fue recíproco, y que Leon Davidovitch mostró una gran curiosidad hacia aquel joven escritor de veleidades más revolucionarias que el compromiso. Existe, es verdad, entre ambos un lazo personal: Pierre Naville, escritor marxista, muy próximo por aquel entonces a los círculos surrealistas, pariente y amigo de Gide, partidario acérrimo de la «línea de oposición» de Trotski. En 1932, Naville fue a unirse al «Viejo» a Prinkipo, isla de los príncipes cercana a Estambul,

(1) Entrevista de Malraux con el autor, junio de 1972.



Malraux no venera en Trotski solamente al constructor de la historia. Lo admira igualmente por haberse preocupado de forma activa de los derechos del escritor en plena guerra civil.

JEAN LACOUTURE

Gallen, son puramente imaginarios. Al hombre de la historia le contesta el hombre de la novela, como si ambos estuviesen en el mismo plano; por otro lado, fue el propio Trotski quien con la máxima benevolencia incitó a Malraux a equipararse a él. Imaginémonos a Napoleón en Santa Elena discutiendo de estrategia con Stendhal, y a este último oponiendo a Fabricio del Dongo a Grouchy...

Trotski habla del libro en términos muy elogiosos: «Un estilo denso y bello, el ojo preciso de un artista, dotes de observación originales y valientes, todo ello confiere a la novela una importancia excepcional. Si yo hablo aquí del libro no es por el talento demostrado por el autor, aunque este hecho no sea en absoluto despreciable, sino porque constituye una fuente de enseñanzas políticas del más alto valor. ¿Proceden del propio Malraux estas enseñanzas? No; se desprenden de la propia narración, sin que el autor sea consciente de ello. Testimonian incluso contra Malraux, lo cual honra al observador y al artista, pero no al revolucionario. Sin embargo, podemos apreciar igualmente al artista desde este punto de vista: en su nombre personal, y sobre todo en nombre de Garin, su segundo yo, el autor no escatima sus juicios sobre la revolución...».

El creador del Ejército rojo no pone en duda un solo instante la veracidad del narrador, que, según él, no ha escrito una novela, sino una «crónica novelada». Trotski elogia «sus simpatías activas (...) hacia la China sublevada», aunque estén «corroídas por las exageraciones del individualismo y del capricho estético», y su percepción del «odio revolucionario», que «habrían podido entrar a formar parte de una antología de la revolución si Malraux (...) no hubiese introducido en su estudio un pequeño matiz de superioridad embotada...».

Elogio de un terrorista

Pero lo que importa sobre todo a Trotski es el proceso que se plantea en el libro, «inconscientemente por parte del autor», y que él mismo desarrolla con voraz encarnizamiento. Para Leon Davidovitch —que no desdeña el rectificar la biografía de Michel Borodin establecida por Malraux—, todo el mal se debe a la alianza entre «esa pequeña burocracia extranjera» ligada al Komintern y a Stalin (Borodin, Garin, Gallen, Klein, Gérard) y el ala derecha del Kuomintang contra el pueblo encarnado por Hong.

Desde el punto de vista de la historia del bolchevismo y de la evolución de las ideas de Trotski se trata de un texto singular, ya que está imbuido de un «izquierdismo» sorprendente incluso en el

abogado de la revolución permanente. Es interesante leer un elogio de ese prototipo de terrorista anarquizante que es Hong debido a la pluma del mismo hombre que mandó aplastar la revuelta de Cronstadt.

Ciertamente, el «Viejo» no elogia los métodos terroristas. Pero alega que «(...) si Hong no encuentra el camino justo es por culpa de Borodin y de Garin, que han colocado la revolución a remolque de los banqueros y comerciantes. Hong representa a la masa que se despierta, pero que aún no se ha frotado los ojos... Cuando echa mano al revólver o al puñal, está actuando en nombre de la masa, a la que paralizan los agentes del Komintern. Tal es, sin disfraces, la verdad sobre la revolución china.

«El diálogo entre Borodin y Hong es la más espantosa requisitoria contra Borodin y sus inspiradores moscovitas. Hong va, como siempre, en busca en acciones decisivas. Exige el castigo de los burgueses más notables. A Borodin sólo se le ocurre replicarle: "No conviene tocar a quienes pagan... La revolución consiste en pagar al Ejército" (...). Estos argumentos contienen todos los elementos del nudo con que fue estrangulada la revolución china (...). El ejército de la revolución no espera gratificación alguna: obliga a pagar.

«Entre (...) Cantón y (...) Petrogrado existe una trágica diferencia: en China no hubo bolchevismo; bajo el nombre de trotskismo, aquél fue declarado doctrina contrarrevolucionaria y fue perseguido por todos los medios de calumnia y de represión. Lo que Krenski no pudo conseguir durante las jornadas de julio, lo consiguió Stalin en China diez años más tarde...».

Saint-Just frente a Danton

Y lamentando el que Malraux no hubiese recibido una «buena inyección de marxismo, que (...) le hubiera evitado ciertos fatales errores», Leon Trotski concluye bruscamente:

«El libro se titula "Los conquistadores". En el espíritu del autor, este título de doble sentido, en el que la revolución se disfrazó de imperialismo, se refiere a los bolcheviques rusos o más exactamente a una determinada fracción dentro del bolchevismo. ¿Los "conquistadores"? Las masas chinas se levantaron para llevar a cabo una insurrección revolucionaria bajo la indiscutible y ejemplar influencia del golpe de Estado de Octubre y bajo la bandera del bolchevismo. Pero los "conquistadores" nada conquistaron. Antes bien, entregaron todo al enemigo. Si la revolución rusa provocó la revolución china, los epígonos rusos la ahoga-

donde el gobierno de Kemal Ataturk había dado hospitalidad al exiliado ruso.

Trotski, un apasionado de la literatura francesa («esos libros de tapas amarillas», dice con cierta veneración), pero cuyo sentido estético no es nada seguro (prefiere, por ejemplo, Anatole France a Proust), interroga a su amigo sobre «ese joven Malraux que por lo menos tiene voluntad, no como esos héroes de Proust o de Gide... ¿Es alguien a quien podamos ganar para nuestra causa?» (2).

Habrán de transcurrir, sin embargo, dos años para que Trotski comience a transformar todos esos interrogantes en críticas, críticas que es preciso contemplar, por extraño que esto pueda parecernos hoy, con los ojos del líder político que sopesa las posibilidades de un eventual «recluta... En abril de 1931 apareció en la

«NRF» el artículo sobre «Los conquistadores», que, recogido más tarde en «La revolución traicionada», liga decididamente al revolucionario con el novelista, ofreciéndole a este último la oportunidad de un debate inesperado, al tiempo que confiere a la breve narración imaginaria de un episodio del levantamiento cantonés el valor casi auténtico de un capítulo de la historia de la revolución mundial.

Sorprendente diálogo. En primer lugar, porque Leon Trotski, el compañero de Lenin, discute de igual a igual con un joven escritor poco conocido, al que ingenuamente tiene por protagonista de la revolución china, y que replica con imperturbable aplomo a todos los argumentos esgrimidos por aquel personaje casi fabuloso. En segundo lugar, porque el debate se sitúa en el marco de una trama novelesca, cuyos datos son parcialmente exactos, pero cuyos personajes, si se exceptúa a Borodin y

(2) Entrevista de Pierre Naville con el autor, 20 de abril de 1972.

rían más tarde. Malraux no saca deducciones. Ni siquiera parece pensar en ello. Y, sin embargo, éstas brotan claramente del fondo de tan notable libro».

Tan sorprendente como este artículo dedicado por el compañero de Lenin a la novela de un joven escritor extranjero resulta la respuesta de Malraux. El novelista replica al hombre de Octubre en el tono intrépido de un Saint-Just frente a un Danton. Lejos de desahucarse en elogios hacia el gran hombre que le ha hecho el gran honor de interpellarle, Malraux comienza contraatacando, lo que le permite marcarse un tanto. A ese mismo Trotski que le ha recetado «una buena inyección de marxismo», Malraux le replica que Boro-din y los responsables de la Internacional son marxistas y sin embargo...

Y mezclando ficción y realidad, problemas estéticos e históricos con mayor virtuosismo que su interlocutor, Malraux escribe:

«Cuando Trotski añade que no existe afinidad entre el autor y la revolución, que "las enseñanzas políticas se desprenden del libro sin que yo me entere", Trotski parece desconocer las condiciones de la creación artística; las revoluciones no se hacen solas, pero las novelas tampoco. Este libro no es una "crónica novelada" de la revolución china, ya que se hace especial hincapié en la relación entre una serie de individuos y una acción colectiva única. La documentación de "Los conquistadores", y sólo ella, puede convertirse en blanco de los argumentos de Trotski. En efecto, Trotski opina que Garin se equivoca; pero Stalin opina que él, Trotski, se equivoca a su vez. Cuando en su "Vida" leemos el punzante relato de su caída, nos olvidamos de que es marxista, y tal vez llegue a olvidarlo él mismo».

Y añade el novelista con aplomo: «Comoquiera que Trotski reconoce a mis personajes el valor de símbolos sociales, podemos pasar a discutir de lo esencial».

Lo esencial para Malraux es la tesis «posibilista» fundada en el hecho de que en 1925-26 el partido comunista chino nada puede emprender solo, y que sólo existe en función de su alianza con el Kuomintang. Esta es la misma tesis que sostendrá, recogién-dola casi palabra por palabra, frente a Kyo, el Vologuin de «La condición humana». A lo largo de su artículo, ese joven de veintinueve años, que no ha participado jamás en una sola lucha política de envergadura, se propone darle a Leon Trotski una lección de estrategia política. Y lo mejor es que se la da realmente... No es que sus argumentos no admitan réplica. Pero resultan tanto más convincentes cuanto que los ha plasmado sobre personajes que él mismo ha mol-

deado. ¡Ah, qué elocuente se hubiese mostrado Balzac discutiendo de la política de Vautrin con Vidocq!

Es preciso prestar oídos a su hermoso discurso. En este extraño torneo, el aficionado utiliza las armas del profesional, mientras reserva para el jefe político el papel del idealista calenturiento...

«La Internacional no tuvo dónde elegir (...). He dicho que su objetivo era dar cuanto antes al proletariado chino una conciencia de clase que necesitaba para tratar de llegar al poder; ahora bien, el obstáculo más grave con que tropezaba entonces la conciencia de clase era la conciencia de sociedad. Todo militante chino era miembro de algunas de las innumerables sociedades secretas, cuya historia es la historia de China desde 1911; el Kuomintang era la más poderosa de todas; salvando las distancias, el Kuomintang se parece más a nuestra masonería que a nuestro radicalismo. Antes de la fusión, la doctrina comunista era la de una sociedad naciente; inmediatamente después se convertiría en una de las diversas doctrinas de la sociedad más importante (...).

«(...) Con su fórmula de "el partido primero", Trotski defiende un principio revolucionario cuyo valor o primacía no podemos pasar por alto... No puedo sino admirar el papel heroico, en el sentido más realista de la palabra, que Trotski exige al proletariado. Pero al considerar los hechos me veo obligado a admitir que una checka más fuerte (el Kuomintang controlaba la propaganda, pero no los servicios secretos) hubiese sido, a partir de Hankou, una posible solución».

La conclusión no puede ser más tajante:

«Al hacerles a mis personajes el honor de considerarlos como símbolos, Trotski los saca del tiempo; mi defensa consiste en reintegrarlos» (3).

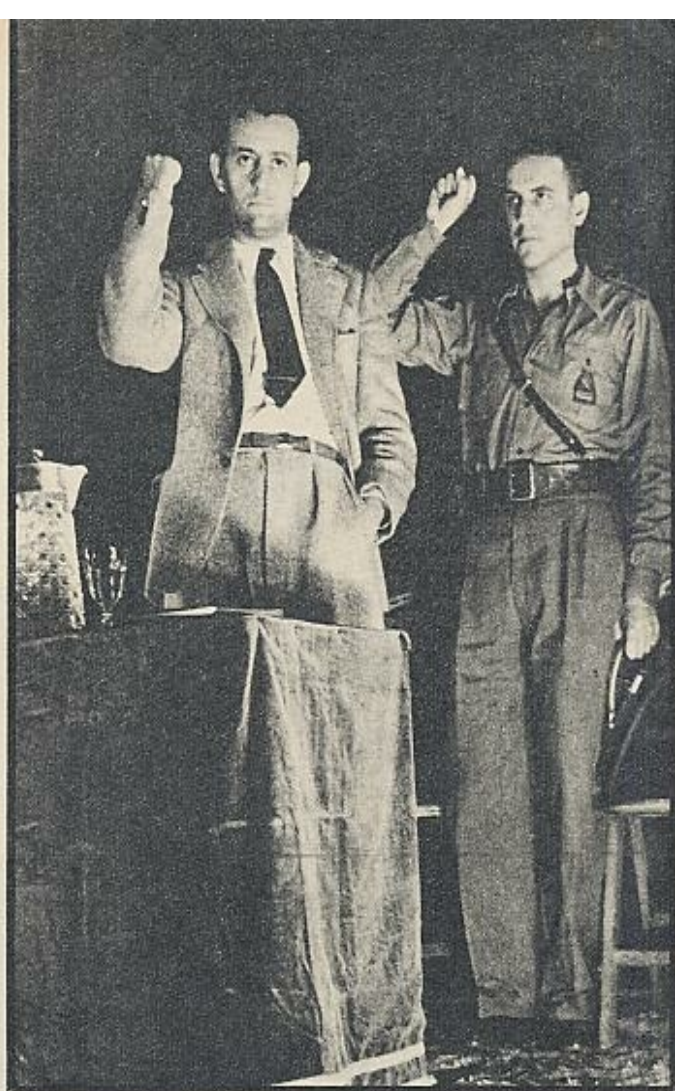
Trotski respondió a los argumentos de Malraux en la revista «La Lutte des Classes» (junio-julio de 1931): «Debo hacer una rectificación después de haber leído a Malraux. En mi artículo sugerí la idea de que una inyección de marxismo no le vendría mal a Garin. Ya no soy de la misma opinión».

Sabemos que Malraux solicitó de Trotski una cita poco después de que éste se instalara en Francia en julio de 1933, y que el compañero de Lenin aceptó complacido.

«Un fantasma deslumbrante»

El novelista acaba de terminar «La condición humana», que se publica en «La Nouvelle Revue Fran-

(3) «La NRF», abril de 1931, páginas 488-507.



«Malraux es orgánicamente incapaz de toda independencia moral —diría Trotski des mismo no posee la mínima dosis de esa cualidad. Es oficioso de nacimiento». En

MALRAUX

çaise». Junto a Gide, Malraux se ha comprometido en marzo de ese año en el combate antifascista en el seno de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios. Después de abandonar Turquía, Trotski fue acogido en Francia por el gobierno Herriot. No habiéndose permitido residir en la región parisina, Trotski se instaló cerca de Royan, en una villa de la pequeña estación de Saint-Palais. Allí le visitó Malraux, guiado por un joven militante trotskista, el 26 de julio de 1933. Clara, preocupada por la salud de la pequeña Florencia, no pudo, muy a su pesar, acompañarle.

Malraux no publicó el relato de la entrevista hasta nueve meses después, en «Marianne»: Leon Davidovitch acababa de ser expulsado por el gobierno Doumergue. Se trata de un hermoso texto rebosante de admiración:

«(...) Poco a poco, iluminados por el haz de nuestros faros, fueron apareciendo, tras un prudente camarada que portaba una linterna eléctrica, unos zapatos blancos, unos pantalones blancos y una chaqueta de pijama hasta el cuello (...). La cabeza permanecía sumergida en la sombra nocturna. He visto rostros que debían ser reflejo de vidas capitales: casi to-

dos ellos eran rostros ausentes. Esperaba con algo más que curiosidad aquella máscara marcada por uno de los últimos grandes destinos del mundo; aquella máscara que se detenía, deslumbrada, al borde del haz de nuestros faros.

«Desde el momento mismo en que se precisó aquel deslumbrante fantasma de anteojos, sentí que toda la fuerza de sus rasgos residía en aquella boca de labios planos, tensos, perfectamente dibujados; labios de estatua asiática. Se reía para dar confianza a un camarada, con una risa de labios afuera que no correspondía a su voz; una risa que dejaba ver una fila de dientes muy pequeños y muy apartados entre sí, dientes extraordinariamente jóvenes en aquel rostro fino, enmarcado en una blanca cabellera (...).

«Trotski no nos habló en su lengua, pero incluso cuando habla en francés, la principal característica de su voz es el dominio total de lo que dice; la falta de esa insistencia con la que tantos hombres dan la impresión de estar tratando de convencer a otros para convencerse en realidad a sí mismos, la ausencia de toda voluntad de seducción. Los hombres superiores suelen tener en común, por más que algunos consigan expresarla



Después de la ruptura—. Todas sus novelas están impregnadas de heroísmo, pero él las fotografías: Trotski, junto al famoso tren blindado, y Malraux, en España.

Y TROTSKI

sólo torpemente, esa densidad, ese centro misterioso del espíritu que parece venirles de la doctrina misma, pero que la supera ampliamente; densidad que les confiere la costumbre de considerar el pensamiento como algo que hay que conquistar y no que repetir. En el sector del espíritu, aquel hombre se había elaborado su propio mundo, donde ahora vivía. Recuerdo los términos en que me habló de Pasternak: «Casi todos los jóvenes le siguen en este momento, pero a mí no me gusta demasiado. No me gusta demasiado el arte de los técnicos, el arte para especialistas.

«El arte para mí es, ante todo —respondí—, la expresión más alta o más intensa de una experiencia humana válida.

«Creo que ese arte va a renacer en toda Europa... En Rusia, la literatura revolucionaria no ha dado todavía una obra realmente grande.

«Pero, ¿no es la auténtica expresión del arte comunista el cine en vez de la literatura? El cine, después de "Potemkin", después de "La madre", es otro.

«Lenin pensaba que el comunismo se expresaría artísticamente a través del cine. Ya me habían hablado antes del "Potemkin" y de "La madre" en términos elogiosos. Pero he de confesarle que no he

visto estas películas. Cuando las estrenaron yo estaba en el frente. Y cuando volvieron a proyectarlas me encontraba ya en el exilio...».

El sueño del «Viejo»

El visitante le interroga sobre «la persistencia del individualismo en el comunismo (...), tan distinto del individualismo burgués (...) como éste lo era del individualismo cristiano». A lo que el «Viejo» replica que para discutir de eso habría que partir de lo económico.

«Los cristianos han podido vivir en función de la vida eterna, y como eran muy pobres, apenas si concedían importancia al individualismo. Los comunistas del plan quinquenal están un poco en la misma situación por idénticas razones. Los periodos de los planes, en Rusia, son necesariamente desfavorables a todo individualismo, incluido el comunista (...).

Y comoquiera que el visitante insiste en este punto capital, Trotski admite:

«Una ideología puramente colectiva, única y exclusivamente colectiva, es irreconciliable con el mínimo de libertad material que implican el mundo moderno y el comunismo a breve plazo. A muy breve plazo (...).

Malraux le abandona a su «sueño de Viejo de la Montaña» para reunirse con él al día siguiente. Habían de la campaña de Polonia, en el curso de la cual se habían enfrentado, trece años antes, las tropas francesas y el Ejército rojo, para referirse después a un eventual conflicto en territorio asiático. ¿Qué harían los soviéticos contra los japoneses? «Creo que combatiríamos en el Baikal», responde Trotski, y Malraux observa que cuando el viejo militante utilizó en su respuesta el verbo en la primera persona del plural —utilización sorprendente en apariencia—, su rostro adoptó una expresión aún más intensa. Cosa que no ocurrió cuando, refiriéndose a Stalin, dijo «el otro». Y he ahí que el «profeta desarmado» se puso a profetizar. Dijo que los americanos, en busca de nuevos mercados, «se apoderarán de China... ¿Quién iba a impedirse? Europa estará demasiado ocupada (...). La guerra con el Japón será inevitable».

Un hombre nuevo

Después hablarán de mil temas más, de Lenin, de lo que el fundador de la Unión Soviética esperaba del comunismo:

«Un hombre nuevo, ciertamente. Para él, las perspectivas del comunismo eran infinitas.

«Y volvió a sus reflexiones. Yo pensaba entonces en lo que me había dicho aquella misma mañana (a propósito de una cierta permanencia del individualismo), y él debía de estar pensando en lo mismo:

«Pero —le dije— me parece que para usted...

«No, en el fondo opino como él.

«Sus palabras, en las que me parecía sentir a Lenin, reflejaban la voluntad de experimentar cada vez que se encontraba en algún sector no gobernado por el marxismo. En una palabra, en Trotski el afán de conocimiento conducía al acto».

Más tarde evocarían —Malraux lo hizo— la muerte. Trotski comentó: «Creo que la muerte es, sobre todo, un desfase: un desfase entre el desgaste del cuerpo, por un lado, y, por otro, el de la mente. Si ambos desgastes coincidiesen, la muerte sería simple, sencilla (...). No habría resistencia». Trotski tenía sesenta años, estaba gravemente enfermo.

En el momento de escribir estas líneas —momento en que Trotski se encuentra exiliado por un régimen comunista que él ha cofundado, y expulsado por un gobierno francés que acaba de salir de un motín prefascista— no podría atenerse a un reportaje o a una entrevista. Como conclusión de su artículo, Malraux opone el recuerdo del proscrito a las imágenes de una película presentada por el partido comunista, y que acaba de

ver, al de una fiesta en Moscú, «abrumada por los gigantescos retratos de Lenin y de Stalin». Se trata, en forma de apóstrofe, de una adhesión a la causa del «Viejo»: «¿Cuántos (...) de entre los integrantes de esta multitud pensaban en usted? Seguro que muchos. Antes de la película se habían pronunciado algunos discursos a favor de Thaelmann en particular; el orador que se hubiese atrevido a hablar de usted, una vez pasado el primer momento de inquietud, habría aplastado muy pronto a la vez la hostilidad burguesa y las prudencias ortodoxas: esa multitud que no pronuncia su nombre está poseída de usted como de un remordimiento (...). Todos están de su parte y en contra de un gobierno que le ha expulsado: usted es uno de esos proscritos a los que no se consigue convertir en emigrados.

«A despecho de todo lo que se diga, se escriba, se grite, la revolución rusa es para ellos un bloque, y con usted desaparece, humillado, algo de aquel heroísmo que hizo estremecerse al palacio de Invierno (...).

Vibrante llamamiento

«(...) Yo sé, Trotski, que su pensamiento sólo espera del destino implacable del mundo su propio triunfo. ¡Ojalá su sombra clandestina, que desde hace diez años va de exilio en exilio, consiga hacerles comprender a los obreros de Francia y a todos aquellos a los que anima esa oscura voluntad de libertad de que dan fe las expulsiones, que unirse en un campo de concentración es unirse en un poco tarde! Su expulsión, los insultos de los periódicos demuestran con bastante claridad que la revolución es una sola» (4).

¿Sueña entonces André Malraux con el papel de unificador? El 7 de febrero de 1934, Malraux refrenda un texto a favor del Frente Único, desaprobado por los comunistas. El novelista interviene también en el mismo sentido en diversos mítines organizados en varias partes del país como protesta por la expulsión de Trotski. Al día siguiente del de la publicación del artículo de «Marianne», Malraux pronuncia una alocución durante una reunión celebrada en la sala Albouy por iniciativa de la Liga comunista (oposición de Izquierda) y del partido socialista, y en la que también participan Marceau-Pivert, Pierre Franck e Yvan Craipeau. «La Verité», órgano de la Liga, se hace eco de la intervención del novelista:

«El orador lanza un vibrante llamamiento en pro de la unidad, sin la cual no podría acometerse la tarea que tenemos por delante: la re-

(4) «Marianne», 25 de abril de 1934.

MALRAUX Y TROTSKI

volución en Francia: "Es preciso comprender que la revolución es única". Y refiriéndose a la expulsión del jefe de los bolcheviques-leninistas, Malraux termina su discurso, en medio de vivos aplausos, prohibiendo el "que se humille a una parte de la fuerza revolucionaria que hizo temblar a San Petersburgo" (5).

Dos semanas antes, Leon Trotski había manifestado su simpatía al joven escritor al recoger en el mismo periódico, donde reinaba, empero, el dogmatismo, algunos de los argumentos de su ensayo crítico de 1931 en la «Nouvelle Revue Française»:

«Hay que leer atentamente las dos novelas del escritor francés Malraux, "Los conquistadores" y "La condición humana". Sin ser plenamente consciente de las relaciones y las consecuencias políticas, el artista formula aquí una fulminante acta de acusación contra la política de la Internacional Comunista en China, y confirma del modo más sorprendente, a través de lienzos y personajes, todo lo que la oposición de izquierda había explicado mediante tesis y fórmulas...» (6).

«Un silencio ceniciento»

Durante todo ese período (1933-34), Malraux se considera, si no trotskista, en todo caso como simpatizante del gran proscrito. Tal vez no tanto por las ideas que defiende el «Viejo» cuanto por los mitos que encarna y su obligada condición de judío errante de la revolución. En cualquier caso, sus simpatías le llevan a cometer actos más osados que los de hablar en mítines parisinos. Ya se ha hecho alusión al episodio del viaje a la Unión Soviética del verano de 1934, narrado en «Los combates y los juegos» (7) por Clara Malraux, y en el curso del cual el escritor, invitado de Máximo Gorki, pronunció un brindis a la salud de Leon Davidovitch como respuesta a un personaje oficial que había dedicado el suyo a la «patria socialista». ¿Creyó realmente Malraux que aquel gesto valiente, aunque algo incongruente, y que fue acogido con «un silencio ceniciento», les llevaría a él y a su mujer a la cárcel, como el propio Malraux había dado a entender a Clara? En cualquier caso, el novelista lo hizo.

En 1935, el autor de «La condición humana» manifestará de nuevo su devoción a Trotski al permitirle publicar su artículo «¿Qué es el nacional-socialismo?» en «Nouvelle Revue Française». El hijo del líder bolchevique reprochó a Malraux el que no hubiese conseguido, para tan ilustre colaborador,

una remuneración de más de quinientos francos... El «Viejo», sin embargo, se dio por satisfecho con haberse podido expresar sobre un tema tan importante en el órgano más prestigioso de la «intelligentsia» burguesa.

Pero si bien la fascinación histórica continúa intacta, el período de adhesión moral toca pronto a su fin. Malraux se dio cuenta muy pronto de la imposibilidad en que se encontraba —y en la que se encontrarían otros más grandes que él— de «rehacer la unidad de la revolución».

El principio de eficacia triunfa en él sobre cualquier impulso histórico-romántico. Trotski es un gran personaje, pero apenas tiene peso alguno en el combate contra el fascismo, el único combate que cuenta para el hombre de «Los conquistadores». Malraux opta entonces por los proscritos y en contra del proscrito. A partir del mes de abril de 1935, el novelista se decide por la ruptura al negarse a intervenir en favor de un hombre que se confiesa trotskista, Victor Serge, deportado por las autoridades soviéticas en la primera gran purga que siguió al asesinato de Kirov. En «La Verdad», Trotski alude a ese silencio, no sin amargura (8).

«Hacerles el juego»

A partir de ese momento no dejará de crecer la distancia entre el hombre que combate estratégicamente al estalinismo y ese otro que ahora lo acepta tácticamente. En España, el creador de la escuadrilla «España» decide «hacerles el juego» a los comunistas, los únicos capaces, según él, de levantar una barrera que pueda detener al fascismo. Malraux dota —o hace dotar— a su escuadrilla de un comisario político estalinista y rompe todas sus relaciones con el POUM, cuyo principal objetivo es el mismo que él tenía en 1934 —la unidad de la revolución—, pero al que el odio hacia los agentes del Komintern deriva cada vez más hacia el trotskismo. Nada hace Malraux por condenar la caza de trotskistas y anarquistas a cargo de la gente del NKVD y los patronos de las Brigadas Internacionales, como tampoco condena el extraño proceso que culmina con el fusilamiento de los lugartenientes de Stalin, Zinoviev y Kamenev.

Poco después se produce, estrepitosa, la ruptura por parte de Trotski. En marzo de 1937, durante una breve estancia en los Estados Unidos, donde se dedica a recoger fondos para los republicanos españoles, Malraux hace diversas declaraciones —especialmente en una

entrevista publicada por el periódico mejicano «El Nacional»— en favor de la URSS y de su papel en la lucha antifranquista, que él contraponen a la política no-intervencionista del gobierno Blum. El 2 de abril, «La Lutte Ouvrière», órgano del partido obrero internacional (trotskista), publica un severo artículo titulado «Preguntas concretas al señor Malraux», dictado por Leon Trotski (9). Una semana más tarde, el viejo líder toma personalmente la pluma para denunciar al novelista militante, así como el carácter «equivoco» de sus acusaciones contra Leon Blum:

«En todo lo relativo a España, Stalin ha seguido y continúa siguiendo una política idéntica a la de Blum (...). ¿Debe recaer únicamente sobre Blum la responsabilidad de la actual política de Moscú? No obstante, la misión de Malraux no consiste en aclarar estas cuestiones. Al igual que otros diplomáticos, en especial los "oficiosos", Malraux habla lo menos posible de lo que más le interesa.

«Nueva York se ha convertido en centro del movimiento en pro de la revisión de los procesos de Moscú. Es, dicho sea de paso, el único medio de prevenir nuevos asesinatos judiciales. No es necesario explicar cuánto alarma este movimiento a los organizadores de los procesos. Estos están dispuestos a recurrir a cualquier medida con tal de parar ese movimiento. El viaje de Malraux es una de esas medidas».

«Ni la mínima dosis de heroísmo...»

«En 1926, Malraux se encontraba en China al servicio del Komintern-Kuomintang, y él es uno de los responsables del estrangulamiento de la revolución china (...). Malraux, al igual que André Gide, forma parte de los amigos de la Unión Soviética. Pero hay entre ambos una enorme diferencia, y no sólo de talento. André Gide es un individuo totalmente independiente, que posee una enorme perspicacia y una honestidad intelectual que le permite llamar a cada cosa por su nombre (10) (...).

«Malraux, a diferencia de Gide, es orgánicamente incapaz de toda independencia moral. Todas sus novelas están impregnadas de heroísmo, pero él mismo no posee la mínima dosis de esa cualidad. Es oficioso de nacimiento. En Nueva York lanza un llamamiento en el que pide se olvide todo, salvo la revolución española. El interés por la revolución española no le impide, sin embargo, a Stalin exterminar a decenas de viejos revolucionarios. El propio Malraux abandonó Espa-

ña para llevar a cabo en Estados Unidos una campaña de defensa del trabajo judicial de Stalin-Vichinski. Es preciso añadir que la política del Komintern en España refleja totalmente la fatal política que dicho organismo siguió en China. Tal es la verdad sin disfraces» (11).

La violencia de la requisitoria de Trotski es explicable. Algunas semanas antes, en febrero de 1947, con ocasión del segundo de los grandes procesos de Moscú, un periodista ruso, Wladimir Romm, había declarado haberse entrevistado con Trotski en París, en julio de 1933, y recibido de él instrucciones relativas al sabotaje en la Unión Soviética. Leon Davidovitch replicó inmediatamente negando haber estado en París en junio de 1933, sino en Royan, adonde había ido a visitarle Malraux, quien podía dar testimonio al respecto. El escritor guardó silencio, lo cual enfureció al «Viejo». Este comunicó al «New York Times» los elementos de su artículo «La lucha obrera».

Respuesta de Malraux: «El señor Trotski está tan obsesionado por todo lo que le concierne personalmente, que si un hombre que acaba de pasar siete meses combatiendo en España proclama que la ayuda a la República española debe prevalecer sobre todo, Trotski no podrá evitar el pensamiento de que tras esa declaración se oculta algo» (12). Unos días más tarde, con motivo de una cena ofrecida en su honor por el periódico «The Nation», Malraux declaró que «al igual que la Inquisición no ha afectado a la dignidad fundamental del cristianismo, los procesos de Moscú no han disminuido la dignidad fundamental del comunismo».

«Eso es absurdo»

El diálogo entre el político y el novelista se agrió, pues, hasta tal punto que Trotski llegó a denunciar a Malraux como agente estalinista, y éste, a calificar prácticamente al jefe revolucionario de viejo ex combatiente cegado por su egocentrismo. Ni siquiera la muerte de Leon Davidovitch iba a aplacar la querrela. Es verdad que poco después de acabar la guerra (el 17 de mayo de 1947), André Malraux evocaría su antiguo apego al creador del Ejército rojo al declarar al periodista norteamericano Cyrus Sulzberger que, «si hubiese hoy en Francia un movimiento trotskista que tuviese por lo menos ciertas probabilidades de triunfar, en lugar de ese puñado de porfiadores que no hacen más que discutir con los comunistas (yo sería) trotskista y no gaulista» (13). Cuando, veinticinco años después, le recordamos aque-

(11) «La Lutte Ouvrière», 9 de abril de 1937.

(12) «New York Times», 17 de marzo de 1937.

(13) Cyrus Sulzberger, «En el torbellino de la historia», página 256 («A long row of candles», New York, Mac Millan).

(5) «La Vérité», 27 de abril de 1934.

(6) «La Vérité», 6 de abril de 1934.

(7) Página 125.

(8) Poco después de la visita de Malraux a Royan, «LD» advirtió a sus compañeros contra un hombre que mantenía relaciones con el PCF y viajaba a Moscú. Desconfianza que los que le rodeaban habían calificado de «exagerada».

(9) Indicación dada al autor por Pierre Naville.

(10) Gide acaba de publicar su «Regreso de la URSS».



«Caracterizaba a Trotski una elocuencia verbal que Lenin no poseía. Trotski estaba convencido de que hiciéramos lo que hiciéramos, el problema fundamental siempre quedaría por resolver. Era la teoría de la "revolución permanente", opuesta a la teoría de la escalera que propugnaba Lenin...». En la fotografía, Lenin, hablando al pueblo en 1917. Abajo, junto a la tribuna, Trotski.

las declaraciones suyas, André Malraux nos replicó: «Eso es absurdo».

Y, sin embargo, Cyrus Sulzberger no sufre de alucinaciones. Seguro de haber escuchado tal confidencia, Sulzberger concedería tanta más importancia al texto de una carta de Victor Serge a Malraux, que él citó en el «New York Times» del 14 de febrero de 1948, y en la que el autor de las «Memorias de un revolucionario» felicitaba al novelista francés por la postura «valiente y probablemente razonable» por él adoptada al adherirse al RPF gaullista. El periodista americano añadía más adelante que Serge era «un gran amigo de Trotski»...

El 9 de marzo de 1948, el gran periódico neoyorquino publicaba una carta de Natalia Sedova en la que la viuda de Trotski se indignaba de que «después de años de solidaridad deliberada con el estalinismo, (Malraux adoptase) el papel de simpatizante trotskista en el momento en que se alía con el centro de la reacción francesa». Recordando que Malraux había presentado precisamente en el «New York Times» el proceso de Moscú como una «disputa personal entre Trotski y Stalin», y asegurando que en su calidad de ministro de Información de De Gaulle en 1945-46, el autor de «La condición humana» había «suprimido la prensa trotskista francesa». Natalia Sedova ponía en duda la amistad entre Serge y Trotski (rota en cualquier caso mucho antes de la muerte del «Viejo»). Y la señora Sedova concluía: «Hagan lo que hagan Malraux y otros como él, no conseguirán manillar a Trotski ni al movimiento que ha fundado» (14).

Graves alusiones

Citando este texto cruel, Maurice Merleau-Ponty hacía una serie de comentarios no menos despectivos hacia el escritor, al que calificaba de «paranoico», y del que decía que a fuerza de «ultrasubjetivismo» y de «vértigo del propio yo» (lo que le llevaba a confundir «su» cuasi-trotskismo de ayer y «su» gaullismo de hoy), había dejado de «ser una causa en política» para convertirse en «cosa e instrumento» (15) (posiblemente de la política americana).

Este artículo, publicado en una revista editada, al igual que la «NRF», por Gaston Gallimard, provocó la única crisis que haya enfrentado nunca a Malraux con su editor. El autor de «La condición humana» amenazó con romper con la casa de Gide y de Valéry si la revista de Sartre continuaba publicándose en aquella editorial. Malraux hizo incluso graves alusiones a la ambigua actitud de la «NRF» durante la guerra: «Hay "dossiers" que pueden volverse a abrir», parece ser que declaró. Gaston Gallimard terminó cediendo: «Les Temps Modernes» emigraron a la acera opuesta de la rue de l'Université, a la casa Julliard. El «conquistador» había conseguido expulsar a los existencialistas mediante un procedimiento que muy poco tenía que ver con el culto a ese «héroe liberal de Occidente» que por aquel entonces decía profesar.

Trotski-Malraux... La historia no acabaría, empero, con tan triste arreglo de cuentas. En el momento de la publicación de las «Antimemorias», el autor fue entrevistado por Roger Stéphane para las cámaras de la televisión francesa. Malraux

declaró no haber evocado en su libro a Trotski, a quien, sin embargo, consideraba, «junto con De Gaulle, Mao y Nehru, como el hombre más notable (que hubiese) conocido jamás». Pero añadió: «Hablaré de él, hablaré de él». Comquiera que su interlocutor intentase establecer un paralelo entre Michelet y el autor de «Historia de la revolución rusa», Malraux objetó: «Trotski es Michelet menos la generosidad. Trotski no tiene los brazos abiertos (...) Hay una fraternidad profunda y muy hermosa, que no es, empero, generosidad» (16).

Águila y niño

Nuevamente volvería a evocar Malraux a Trotski frente a las cámaras de televisión en el curso de una entrevista de una serie titulada «La leyenda del siglo». Malraux respondería a las preguntas de su entrevistador, el gran actor Jean Vilar, con este retrato emocionante:

«Producía una impresión deslumbrante de genio. Hablaba muy bien francés y tenía una elocuencia natural que nada tenía que ver con la elocuencia política. A su lado, uno se sentía en presencia de un gran espíritu. Sin embargo, también había lugar en él para lo inesperado: lo más sorprendente de su persona era el blanco absoluto de su rostro. Tenía una tez extremadamente clara y esa especie de penacho que vemos en sus fotos. Se reía con facilidad y tenía dientes de niño. Cuando se reía, su rostro de águila en un tanto singular se transformaba en una faz de niño».

Después de evocar el conflicto («Nos enfadamos...») que los había opuesto entre sí en 1936-1937,

Malraux declararía, presa de su vieja obsesión: «Trotski tenía, en su elocuencia, una vena a lo Victor Hugo, propia de la Revolución francesa, esa elocuencia que va desde Danton hasta Jaurès. Una elocuencia verbal que Lenin no poseía. Trotski manifestaba permanentemente su convicción de que, hiciéramos lo que hiciéramos, el problema fundamental quedaría siempre por resolver. Era la teoría de la "revolución permanente", opuesta a la teoría de la escalera que propugnaba Lenin: para éste, cada pedazo conquistado constituía un triunfo. Lenin era como una ardilla que hace acopio de avellanas. Mientras que Trotski, después de ganados tres pedazos, comentaba: "Y ahora nos encontramos nuevamente frente al problema revolucionario fundamental". La palabra profeta se le adecuaba perfectamente... El gran profeta no es en realidad más que un predicador de lo irracional» (17).

¿Zarathustra? Para evocarlo, Malraux utiliza las mismas palabras. Por poco marxista que sea, y por muy cerca que esté de la de Nietzsche su concepción de la historia como obra de los mitos, Malraux se cuida muy bien de confundir al hombre del «gay saber» con el hombre del Ejército rojo.

Los sueños del «Viejo»

A pesar de todo, Malraux estaba convencido de que en los dos grandes debates que le enfrentaron a Leon Davidovitch Trotski, él expresaba la política racional, y el «Viejo», tan sólo sueños confusamente poéticos. Estos dos grandes debates fueron el de la revolución china —¿debían los comunistas aliarse con el Kuomintang para contagiarse de su fuerza, o debían, por el contrario, tratar de existir independientemente, aun a riesgo de verse aplastados ipso facto?— y el posterior de la guerra de España: ¿cuál era el auténtico combate, el que se estaba librando en España junto a los estalinistas, o el que tenía como escenario a la Unión Soviética, donde los procesos daban testimonio de las crueldades del estalinismo?

Pero Franco ganó la guerra, mientras que la intervención soviética en España le permitió sobre todo a Stalin liquidar todo cuanto no era el aparato de su propia potencia. Por lo que respecta a China, ambas tesis se vinieron abajo en beneficio de una tercera, la del llamamiento al campesinado proletario, tesis esta que no vislumbraron ni Trotski, ni el neo-trotskista Kyo, ni los «posibilistas» Borodin o Vologuin.

Quedan en esta carrera de eclipses de revolucionario de novela, los diálogos de Malraux con el hombre de Octubre. ■ J. L. Co. Edition du Seuil, 1973.

(14) Traducido y citado por Maurice Merleau-Ponty en «Les Temps Modernes», número 34, página 176.

(15) «Ibid.», página 180.

(16) Entrevista difundida el 9 de septiembre de 1967.

(17) En la versión del «Magazine littéraire», julio de 1971, número 34.